

(Transcripción no revisada por el autor)

**NUESTRO ESTILO DE VIDA,
SEMILLA DE UNA NUEVA CULTURA**

P. Rafael Fernández de A.

I. Introducción

1. Un gran anhelo por la santidad

El P. Mario ya hizo prácticamente la introducción del tema que me encargaron para esta Jornada, tema que podríamos titular –también con palabras del mismo P. Mario– “*Nuestro estilo de vida, semilla de una nueva cultura*”.

En nuestra Familia existe un gran anhelo por la santidad. Hay un claro llamado de Dios que nos mueve a seguir las huellas de la santidad de nuestro Padre. Ahora bien, creemos que debemos dar un nuevo paso en este sentido: que ese llamado y ese anhelo se expresen en una vida de santidad, más específicamente, en *costumbres santas*. El anhelo por la santidad debe traducirse y probarse en costumbres santas, en la *plasmación de un estilo de vida santo*.

Se hizo mención del hermoso lema de la Rama Femenina de Profesionales “*Que donde yo esté, el cielo toque la tierra*”. Sí, que donde yo esté, la tierra se transforme, precisamente porque el cielo la toca. En nuestro Santuario Cenáculo, imploramos al Espíritu Santo para que él descienda hasta nosotros. Es por eso que rezamos: ¡Ven, Espíritu Santo, y renovarás la faz de la tierra!

2. El llamado del Evangelio y del Magisterio

Como Familia, nos sentimos movidos a cultivar costumbres coherentes con la elección y el llamado del que fuimos objeto. En la reciente Encíclica de Juan Pablo II, *Veritatis Splendor*, leemos lo siguiente:

“Los primeros cristianos provenientes tanto del pueblo judío como de la gentilidad, se diferenciaban de los paganos no sólo por su fe y liturgia, sino también por *el testimonio de su conducta moral*”. (VS 26)

Es decir, se distinguían no sólo por profesar una misma fe o celebrar una misma liturgia, sino, específicamente, por el testimonio de su conducta. El Evangelio planteó desde el inicio esta exigencia:

“Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48). “Hacedlo todos sin murmuraciones ni discusiones, dice San Pablo, para que seáis irreprochables e inocentes, hijos de Dios sin tacha en medio de una generación tortuosa y perversa, *en medio de la cual brilláis como antorchas en el mundo*” (Fil 2,15). Y, en otra de sus epístolas, siguiendo el mismo pensamiento reitera: “Os exhorto a que *viváis de una manera digna* de la vocación con que habéis sido llamados” (Ef 4,1). San Pedro dice igualmente: “Así como el que os ha llamado es santo, así también vosotros *sed santos en toda vuestra conducta*, como dice la Escritura: seréis santos porque santo soy yo”. (1P 1, 15-16)

Esta exigencia del Evangelio es lo que quisiéramos ahondar en esta Jornada, aplicándola a nuestra vida de schoenstattianos.

Cuando preparaba esta exposición, llegó a mis manos un comentario del Cardenal Ratzinger a la Encíclica del Santo Padre. Leeré un pasaje que me parece especialmente atinente a nuestro tema. Dice así:

“Si el cristianismo es definido como camino, significa que ante todo indicaba una forma específica de vivir”. (Ustedes saben que al comienzo el cristianismo no se llamaba cristianismo, se llamaba “el camino” y los cristianos eran aquellos que tenían otro camino, un camino distinto al común del pueblo). Continúa el Cardenal Ratzinger: “la fe *no es pura teoría, es, ante todo, un camino, o sea, una praxis*. Las nuevas convicciones que ofrece tienen un contenido práctico inmediato. La fe incluye la moral y eso quiere decir, *no sólo ideales genéricos*”. (Es decir, no hay una pura teoría, una visión, un pensamiento, incluso convicciones o ideales, sino además, una praxis, un comportamiento). “Pero la fe ofrece mucho más: indicaciones concretas para la vida humana. Precisamente a través de su moral, los cristianos se diferenciaban de los demás en el mundo antiguo: precisamente *así su fe resultó visible* como algo nuevo, una realidad inconfundible. Un cristianismo que ya no fuera un camino común, sino que sólo anunciara ideales indiferenciados, no sería ya el cristianismo de Jesucristo y de sus discípulos inmediatos... La Iglesia debe mostrar continuamente el camino, *debe seguir siempre haciendo visible el contenido moral de la fe*”(OR, 15.10.1993).

Son palabras claras y elocuentes. Podríamos parafrasearlas continuando el mismo pensamiento y afirmar: Un “schoenstattianismo” que no fuese un camino común, sino que sólo anunciara ideales genéricos, ya no sería el “schoenstattianismo” del P. Kentenich. Es decir, si anunciamos y nos entusiasmos por ideales, pero esos ideales no conforman un camino, es decir, una manera de andar; si no marcan una huella; si no muestran algo distinto, entonces ya no es el “schoenstattianismo” del P. Kentenich.

En este planteamiento, ha venido insistiendo el magisterio una y otra vez. Recordemos cómo el **Concilio Vaticano II** denunciaba ya, en forma muy clara, lo que llama *el divorcio entre la fe y la vida diaria*:

“El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como *uno de los más graves errores de nuestra época*” (GS 43).

Conocemos también el diagnóstico de **Pablo VI**:

“La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna *el drama de nuestro tiempo*”. (EN 20)

Puebla llama específicamente, a evangelizar la cultura:

La Iglesia se siente llamada a estar presente con el Evangelio, particularmente en los períodos en que decaen y mueren viejas formas según las cuales el hombre ha organizado sus valores y su convivencia, para dar lugar a nuevas síntesis (cfr GS 5c). *Es mejor evangelizar las nuevas formas culturales en su mismo nacimiento y no cuando ya están crecidas y estabilizadas*. Este es el actual desafío global que enfrenta la Iglesia ya que “se puede hablar con razón de una nueva época de la historia humana” (GS 54). Por esto, la Iglesia latinoamericana busca dar un nuevo impulso a la evangelización en nuestro continente (DP 386-393).

Estamos viviendo un extraordinario cambio cultural. Están surgiendo nuevas costumbres otro estilo de vida y nosotros tenemos que evangelizar en la raíz de esas nuevas costumbres, tal como Puebla afirma; porque después ya será demasiado tarde. Incluso habría que decir -me parece- que no sólo hay que bautizar costumbres nacientes sino que es preciso adelantarse, gestando nuevas costumbres; forjando una nueva cultura desde la raíz.

3. Superar la separación entre fe y vida: una clara meta puesta por el P. Kentenich

Esta visión, que el Magisterio de la Iglesia muestra con tanta claridad, era la convicción de nuestro Padre, ya desde el inicio. Recordaré sólo una expresión suya de los años 30: Tenemos que superar la “santidad del día domingo” por una “santidad del día de trabajo”, de la vida cotidiana. El primer gran libro que sale a la luz en Schoenstatt, es precisamente “La santificación de la Vida Diaria”. En él se denuncia con fuerza esa dicotomía o separación entre fe y vida, entre teoría y praxis.

“La santidad de los días de trabajo no es la santidad del domingo, del día de la semana en que repican las campanas y los hombres visten trajes de fiesta. No, es la santidad de los otros seis días de la semana, cuando falta exteriormente todo ambiente festivo y el trabajo es prosaico, cotidiano.

El santo de la vida diaria santifica su quehacer cotidiano, vive santamente durante toda la semana e imprime en todas sus obras el sello de la santidad. Sus tristezas y sus alegrías, su descanso y su trabajo, sus oraciones, sus palabras y su conducta: por amor, todo esto lo hace extraordinariamente bien, es decir, santamente.

Ve, ama y vive lo natural y lo sobrenatural como un conjunto, como un gran organismo vivo” (La Santificación de la Vida Diaria, p.17).

En la cúspide de su anuncio profético, el 31 de Mayo de 1949, proclama que es preciso vencer el bacilo del mecanicismo que separa, en forma mecánica, fe y vida, lo que se piensa de lo que se vive; y afirma que debemos superarlo por una nueva manera de pensar, amar y vivir orgánica.

Schoenstatt no es simplemente un movimiento “piadoso” o “religioso”, en el buen sentido de la palabra; Schoenstatt quiere más que eso: quiere ser un movimiento movido por una *profunda religiosidad, pero con una proyección clara de transformación del mundo.*

Leeré un pasaje de una plática del P. Kentenich, del 16 de julio en 1967, ya cercano a su muerte. Habla a las familias, y dice así:

“Abierta y sinceramente debo confesar: veo la tarea a la cual Dios me ha destinado en conducir innumerables hombres hacia una entrega total al Dios eterno, infinito; en hacer que se hallen en casa en el mundo y en la realidad del más allá. O, si ustedes quieren, en ayudar y apoyar a todos, especialmente a los miembros de nuestras familias, para que lleguen a ser personas marcadamente ancladas en el más allá. Con esto he destacado una tarea especial que me ha dado Dios, no sólo a mí sino a todos aquellos que conmigo se desempeñan como conductores de la Familia.

En la revista Regnum ustedes pueden leer (se trata de una revista del Movimiento en Alemania): Mientras el P. Kentenich en Dachau remendaba sacos de paja, desarrolló para su compañeros un pensamiento que estaba determinado y marcado por dos conceptos: el hombre del más allá y el hombre ingenuo (o filial).

Son dos conceptos centrales, característicos en todas las circunstancias para la Familia de Schoenstatt. Yo quisiera agregar un tercer concepto que no debe olvidarse, pero que aquí no ha sido mencionado: el hombre del más allá y el hombre filial *como portador y creador de un nuevo orden cristiano de la sociedad.*

Tres expresiones centrales que debemos grabarnos. De aquí podemos iluminar toda la historia de la Familia. y también de los dos Institutos que fueron fundados en ese lugar” (el Instituto de la Familias y el Instituto de los Hermanos Marianos) (Plática del 16.06.1967).

Para todos nosotros, lo más importante es llegar a ser “hombres del más allá”, hombres “filiales”. Pero no así, “en el aire”, no en la estratósfera, sino como personas que “toquen” la tierra, tal como decía el lema citado al principio. Personas, que al tocar la tierra la transformen haciendo surgir una nueva creación; que revolucionen cristianamente la realidad. “El Verbo se hizo *carne* y habitó *entre nosotros*”. El Verbo bajó y tomó carne.

En una carta muy importante que el P. Kentenich escribe en 1948 al P. Tick, a quien le confió sacar adelante la Obra Familiar, una carta conocida como Acta de Fundación de la Obra de las Familias, al confiarle esa tarea, le dice que deben elaborar una *ascética familiar* y una *pedagogía familiar* y -agrega- también *costumbres familiares*, costumbres probadas, llenas de espíritu.

Es siempre el mismo pensamiento: Schoenstatt quiere ser corazón de la Iglesia, pero de una Iglesia *que está llamada a ser alma del mundo*. Schoenstatt deben ser germen de una nueva cultura, de un nuevo orden social.

4. Vino nuevo en odres nuevos

Ahora bien, ¿por qué esto es tan importante?

Si el desafío de unir fe y vida es válido para todos los tiempos, hoy es particularmente importante porque *vivimos un cambio cultural trascendental*.

Las costumbres que conforman nuestro ambiente ya no son cristianas; están cambiando de signo; son cada día más contrarias al espíritu cristiano. Ya no estamos inmersos, ni trabajamos ni nos movemos en una cultura cristiana. Esto es algo cada día más patente. No estamos en el siglo pasado ni a comienzos de siglo; estamos a fines del siglo XX, en las puertas de un nuevo milenio. En este lapso de tiempo se ha gestado una realidad radicalmente distinta a la que antes se vivía. Antes se podía respirar en un ambiente relativamente cristiano, con costumbres igualmente cristianas. Hoy prácticamente esto ya no se da. En otras palabras, se ha perdido la vitalidad de la fe, que es el núcleo que da forma a una cultura cristiana. La sustancia de la fe está carcomida; ya no existe la fe que antes existía. Ahora bien, cuando se debilita la fe, se trastoca la escala de valores que tienen el hombre, la familia y la sociedad. Y al trastocarse la escala de valores, se distorsiona la moral y luego al no existir moral, caemos inexorablemente en el relativismo, en la amoralidad y en la inmoralidad. Esto es una consecuencia absolutamente lógica. El deterioro moral será cada vez mayor.

Por eso, al abordar directamente el tema de nuestras costumbres o estilo de vida schoenstattiano, es especialmente importante hacerlo en forma lúcida, porque enfrentamos un gran desafío histórico. Ya no vivimos protegidos por costumbres cristianas: *vivimos un cristianismo de diáspora*. Hoy, o se es cristiano por convicción y se está dispuesto a nadar contra la corriente, o bien, rápidamente, “nos traga” el ambiente materialista. O se es un cristiano dispuesto a vivir en contradicción con la atmósfera reinante, o se es arrastrado imperceptible pero inexorablemente por una manera de vivir no cristiana.

Actualmente es preciso tener una clara conciencia que nuestro ambiente, nuestra cultura, nuestras costumbres, ya no son cristianos, sino que proceden de un espíritu materialista, hedonista, desdivinizado.

Esto nos plantea ante un doble imperativo, que *primero*, exige de nosotros una actitud crítica, y, *segundo*, nos llama a fomentar, creadoramente y con conciencia de misión, nuevas costumbres.

4.1. Cultivo de una actitud autocrítica

Primero, la necesidad de una *actitud crítica*.

Si hacemos todo “como es costumbre”, como todos lo hacen; si nos divertimos como todos se divierten; si trabajamos como todos trabajan; si nos vestimos como todos acostumbran vestirse; si tratamos a nuestros empleados como en general se les trata, entonces quiere decir que estamos muy lejos de una santidad tal como el P. Kentenich la pensaba. Porque nos divertiremos, nos vestiremos, y trabajaremos en forma profana.

Existe el peligro que se den graves incoherencias en nuestra vida como cristianos y schoenstattianos: podemos querer mucho a la Mater, podemos ir al Santuario, podemos ser muy piadosos, podemos rezar el rosario y tener costumbres religiosas variadas; sin embargo, por otra parte, podemos estar viviendo, hablando, trabajando, como todo el mundo lo hace. ¿En qué nos diferenciamos? ¿Tenemos una manera de ser distinta?

No se trata de andar buscando la confrontación pero, ¿llamamos la atención? ¿Planteamos, como Pablo VI lo formulaba, “interrogantes irresistibles” en nuestro medio? ¿Experimentamos algún rechazo de la sociedad? ¿O nos aceptan sin problemas? Quizás nos aceptan porque no los cuestionamos con nuestra modalidad. Dicen: “son personas ‘cuerdas’; adornan la casa igual que nosotros, viven sus vacaciones igual que nosotros; usan los mismos trajes de baño, son igual a nosotros...”. Es decir, “no nos molestan”... Y, por otra parte: “qué fantástico que vayan a misa, que tengan un Santuario, que hagan reuniones y jornadas...; son muy piadosos, llenan un hueco que nosotros, que no somos tan practicantes ni vamos tanto a misa, tal vez no llenamos...; en último término, admiramos que tengan esa piedad son gente muy buena...”.

Como dijimos, Schoenstatt, no es sólo una espiritualidad, ni sólo una piedad. Es más que eso. Nuestros ideales no son –usando las palabras del Cardenal Ratzinger– ideales indiferenciados, genéricos, sino ideales llamados a encarnarse en costumbres, en formas de vida concretas.

El pensamiento del P. Kentenich es claro al respecto:

las formas *expresan*,

son un *camino* y

una *protección* del espíritu.

Esto vale en dos sentidos, uno positivo y otro negativo. Por ejemplo, si se usan garabatos y se habla “como todos hablan”, como se habla en el colegio, en la oficina, en la construcción; (los chilenos tenemos una manera de hablar bastante “florida”... también las mujeres usan las mismas palabras y en forma bastante contundente... ya se ha hecho costumbre; cada día constatamos una manera más vulgar de hablar); entonces, esa manera de hablar pasa a ser expresión, camino y “protección” de un espíritu vulgar. Si uso palabras groseras, éstas expresan un espíritu vulgar. Y ese modo de hablar cultiva un espíritu grosero y vulgar. Y entonces, lo que trate de hacer para lograr un espíritu mariano, es decir una pureza y nobleza marianas en el espíritu, será carcomido por esa forma vulgar de mi lenguaje.

Cuando adoptamos costumbres que corresponden a un espíritu materialista, entonces esas costumbres carcomen nuestra estructura. Podemos predicar ideales genéricos, podemos ser religiosos, pero el problema es que esa religiosidad se convierte luego en beatería. Este es el problema y ése es el peligro. Si no somos suficientemente autocríticos, sabemos lo que pasa, pues el mismo Cristo nos previno: no se puede poner vino nuevo en odres viejos...

4.2. Cultivo de la conciencia de misión

Junto con asumir una actitud autocrítica frente a las costumbres de nuestro entorno, enfrentamos otro desafío: *cultivar una fuerte conciencia de misión y una actitud creadora.*

Queremos ser semilla de una nueva cultura. Esto requiere conciencia de misión. Es algo decisivo para nosotros, pero también para nuestros hijos. Podemos inculcarles una cantidad de ideales y lograr algunas formas de vida al interior del hogar. Más tarde, esas formas se verán sometidas a una confrontación. Nuestros hijos serán vistos como “pájaros raros” en el colegio o en la universidad, porque no han visto tal o cual programa de televisión; porque no hacen esto o lo otro, o porque se visten de modo distinto a la mayoría de los jóvenes. Les echarán en cara que son anticuados, etc. Si realmente traen algo nuevo, estarán sometidos a una constante presión en su ambiente. Si los anima una clara conciencia de misión podrán decir: “Sí, pero lo mío es mejor que lo que tú vives”; podrán dar razón de ello defendiendo sus convicciones y sus valores. Con sano orgullo responderán: “Mi estilo es mucho más digno, más noble, más libre que el tuyo...” Pero si no poseen esa conciencia de misión, inevitablemente serán succionados por la corriente materialista.

Esta es la disyuntiva: o gestamos nuevas formas o nos revestimos de las formas del ambiente. O somos creadores de otro estilo, o nos mimetizamos con el ambiente tal como los camaleones. Entonces, el estilo de vida desdivinizado o descristianizado que han adoptado, irá carcomiendo los ideales que hayamos podido transmitirles.

Nuestro Padre plantea a Schoenstatt en esta perspectiva. Lo que pretende es la renovación mariana del mundo en Cristo. La renovación *del mundo*. Schoenstatt no es sólo un movimiento religioso, sino un movimiento que busca la renovación *religioso-moral* del

mundo. Luchamos por edificar el Reino mariano del Padre, su Reino *aquí en la tierra*. Por eso rezamos: “Venga a nosotros tu Reino”, el reino mariano de Dios.

En otras palabras, queremos forjar y ser alma de una nueva cultura. Con Puebla entendemos por cultura:

“el estilo de vida común (GS 53c) que caracteriza a los diversos pueblos” (GS 53c) (cfr EN 20).

La cultura así entendida abarca la totalidad de la vida de un pueblo; *el conjunto de valores* que lo animan y de desvalores que lo debilitan y que al ser participados en común por sus miembros, los reúne en base a una misma “conciencia colectiva” (EN 18). La cultura *comprende, asimismo, las formas a través de las cuales aquellos valores o desvalores se expresan y configuran*, es decir, *las costumbres, la lengua, las instituciones y estructuras de convivencia social*, cuando no son impedidas o reprimidas por la intervención de todas las culturas dominantes.

La evangelización, que tiene en cuenta a todo el Hombre, busca alcanzarlo en su totalidad, a partir de su dimensión religiosa.

A partir de la dimensión religiosa queremos abarcar toda la realidad. En las oraciones de la mañana del “Hacia el Padre”, rezamos: *“que el ideal plasme íntegra toda nuestra vida”*. El ideal tiene que llegar a transformar nuestra manera de pensar, nuestros criterios de juicio, nuestras líneas de acción, nuestro estilo de vida o los modelos de vida.

En los años 30, al explicar la pedagogía mariana de Schoenstatt, el P. Kentenich, sintetiza así su ley básica: *Por la vinculación a María llegamos a la actitud mariana o a un estilo de vida y de trabajo mariano*. Si quitáramos el alma, el amor a nuestro Padre, el amor a la Mater, si quitáramos la vinculación al Santuario, ya no tendríamos las fuerzas necesarias para plasmar una nueva cultura (de esto tratará ampliamente la charla siguiente de la Hna. M. Angélica). Pero de esa fuente tenemos que sacar las fuerzas para transformar la realidad y llegar a conformar un estilo de vida y de trabajo mariano. Si bien es cierto que de esta manera partimos de una fuerte e íntima vinculación a María, no nos quedamos en ello. Esa vinculación se expresa, crece y se prueba en una actitud mariana, en un comportamiento, en un estilo de vida y de trabajo marianos. El amor a María es la fuente de la cual surge naturalmente, en forma espontánea, ese comportamiento, pero es también la energía que nos permite luchar para superar otras costumbres e imprimir en todo nuestro comportamiento el sello mariano.

De otro modo, tendremos pietismo, sentimentalismo, o bien un intelectualismo schoenstattiano, pero no llegaremos a ejercer “una poderosa influencia en los destinos de la Iglesia en Occidente (31 V 49)...”.

Ahora podemos “bajar a terreno”. Nos interesa, a partir de esta visión, aterrizar en la vida concreta. Nos preguntamos entonces sobre “nuestro estilo de vida”.

II. Nuestro Estilo de Vida

Existe un gran abanico de costumbres y de campos donde pueden cristalizar las formas de vida. Las costumbres son muchas: pueden ser buenas o malas. Es decir, costumbres virtuosas o costumbres viciosas. Cuando dijimos que teníamos que practicar una autocrítica, apuntábamos a la necesidad de desenmascarar nuestras malas costumbres, aquellas que no son compatibles con nuestro espíritu. Nos interesa, sobre todo, reafirmar nuestras buenas costumbres y cultivar nuevas costumbres que expresen y protejan nuestro espíritu.

No podemos mencionarlas todas, lo que tampoco es nuestra intención ahora. Nos referiremos sólo a algunos ámbitos que no pretendemos, asimismo exponer de modo acabado. Sólo pretendemos promover un intercambio y despertar una inquietud al respecto. No comenzaré con las costumbres religiosas, y no porque tenga algo en contra de éstas..., sino porque creo que ellas son lo más logrado entre nosotros; de tal manera que si preguntamos en qué se distinguen los schoenstattianos de otras personas, la respuesta será: en que van al Santuario; llaman a la Virgen “Mater”; pertenecen a un grupo; asisten a jornadas en torno al Santuario; tienen Santuario-hogar; rezan la Pequeña Consagración, etc..... Son costumbres que se han ido gestando; formas religiosas concretas que han surgido de la vida.

Sin embargo, otras costumbres no se han plasmado tan claramente. En primer lugar, me referiré en concreto al uso del dinero y de los bienes materiales. Luego, en relación a la manera cómo nos entretenemos, nos divertimos y ocupamos el tiempo libre. Después, a nuestras costumbres respecto al modo de expresar el afecto y al comportamiento en la esfera sexual. Si nos queda tiempo, diremos también algo referente a las costumbres religiosas.

1. Nuestro modo de comportarnos respecto al dinero y a los bienes materiales.

¿Por qué comenzar con esto? La sexualidad y el dinero son dos campos neurálgicos. Cuando el schoenstattianismo ha bajado hasta esas esferas, significa que Schoenstatt realmente está tocando nuestra vida. Si no, quiere decir que todo es aún un poco de “poesía”. Pero cuando afecta nuestro bolsillo, cuando conforma nuestra sexualidad y nuestro comportamiento afectivo, es porque Schoenstatt ha tocado algo neurálgico en nosotros, en zonas donde confluyen muchos factores determinantes de nuestra vida.

¿Qué importancia tiene este ámbito de costumbres?

En primer lugar, tenemos que decir que el Señor claramente le dio mucha importancia. Son variadas las ocasiones en que habla del dinero y sus expresiones son incisivas: “¡Ay de vosotros los ricos!”, “Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja a que un rico entre en el cielo”, etc.

Si en algo ha insistido la Iglesia en los últimos decenios ha sido justamente sobre la cuestión económica. El Magisterio lo ha hecho a través de numerosas encíclicas. En nuestra patria, éste ha sido uno de los temas más controvertidos, origen de grandes tensiones entre los católicos. Se oyen muchas protestas: ¿Qué tienen que hacer los obispos en este campo? ¿por qué tienen que meterse en la economía? “Pastelero a tus pasteles”, y “business is business”... Me podrán decir que debo que ir a la iglesia, pero que no me digan cómo tengo que manejar mi empresa. En esto, nosotros somos los expertos. Lo que tengo que hacer con mi dinero, es asunto mío. Yo soy schoenstattiano, rezamos en común, pero esto es harina de otro costal...

La Iglesia ha defendido claramente su derecho y deber a decir algo respecto a lo que tiene que ver con el dinero o con el orden económico de la sociedad. Es cierto que los obispos no están llamados a dar normas concretas sobre a la manera de conducir la economía de un país; pero ellos son depositarios de la moral que brota del mensaje del Evangelio, mensaje que debe incidir en toda nuestra vida; no sólo en la piedad, sino también en la vida de los negocios, en la sexualidad, en nuestra relación con el trabajo, en el modo de divertirnos, etc.

Ahora bien, no basta con analizar estas realidades en el orden macro económico o a nivel internacional. Debemos bajar a la realidad concreta de nuestra familia; nos interesa aplicar el espíritu de los consejos evangélicos -de la pobreza en este caso- a nuestra propia familia, como célula viva de la Iglesia y de la sociedad. Si no se parte por casa, lo demás pasa a ser una utopía, una colección de ideales genéricos que no plasman la vida.

La importancia de este ámbito es múltiple, porque aquí se juega el espíritu de pobreza que anuncia el Evangelio: el desapego de los bienes materiales como camino de libertad interior y apertura a Dios. Se juega también la justicia y la solidaridad fraterna: somos administradores de los bienes que Dios nos regala; existe una polaridad entre el hombre y la mujer al interior del matrimonio, en cuanto al manejo de las finanzas del hogar y el uso de los bienes. En este plano se juega también el sentido del poder y del ejercicio de la autoridad: “si tengo el dinero, mando yo”... soy yo quien tiene el control de la situación; por otra parte, también está en juego la educación de los hijos y su corresponsabilidad, etc.

Nos encontramos aquí, verdaderamente, con un punto neurálgico al que vale la pena dedicarle nuestra atención.

El P. Kentenich conscientemente edificó Schoenstatt como un caso preclaro y germen de un nuevo orden social. Por ese motivo, en los Institutos dio mucha importancia a la forma de usar el dinero, e introdujo costumbres nuevas. Antes no era común que una persona consagrada a Dios dispusiera de una mesada mensual o que siguiera siendo dueño de sus cosas. Un benedictino, por ejemplo, no tiene nada propio, ni siquiera el hábito que lleva; nada le pertenece, todo es de la comunidad. Sin embargo, en nuestros Institutos no es así. ¿Por qué? Es para salvaguardar la dignidad de la persona y el carácter secular de los Institutos. Tenemos cosas que nos pertenecen y ningún superior nos pregunta qué hacemos con ellas. Cada uno determina el uso que le da. Recibe una cuota de dinero con la que

puede hacer lo que desee. El Padre no pasó por alto este punto y encargó expresamente que se trabajara en ese aspecto. Seguramente todavía nos queda mucho por hacer...

En este contexto, quiero referirme ahora al machismo. *El machismo* es una enfermedad habitual, sobre todo en América Latina. Es una enfermedad que se ha convertido en una manera de ser y de vivir: un hecho cultural que nos pesa y que afecta nuestra convivencia. Se expresa particularmente en dos campos: en el de la sexualidad y en todo lo vinculado con el dinero.

Esto se refleja en el matrimonio ¡Cuánto humillan los hombres a sus mujeres! Las tratan a menudo como a niños imberbes. La mujer tiene que pedir dinero hasta para el pan. Y él todavía cuestiona: ¿ya se te acabó? ¿No te di dinero? ¡Hasta cuándo me pides! ¡Cuántas mujeres, incluso, se confiesan de haber “robado” dinero, de haberle sacado dinero al marido a escondidas! No es raro que uno de los motivos más frecuentes de las peleas en la pareja sea justamente por el dinero; por el machismo del hombre, porque él es quien lo gana, y si es así, considera que él manda y dispone lo que se debe o no se debe hacer...

Hoy experimentamos la reacción. Dado que la mujer también trabaja, gana un sueldo, y dispone de dinero. Entonces suele gestarse una especie de competencia: Cada uno vale según lo que gana, y cuanto más gana, más puede mandar... Algunos maridos y algunas esposas no dan a conocer a su cónyuge lo que ganan, para defender así su “independencia”.

Ahora bien, cabe preguntarse: esas costumbres tan arraigadas en nuestro pueblo, ¿se compadecen con el espíritu que predicamos y queremos encarnar? ¿No estaremos echando vino nuevo en odres viejos? ¿Hemos pensado realmente en cómo manejar nuestras finanzas? ¿Hemos meditado y conversado cómo vivir schoenstattianamente esta problemática? Son tareas que debemos abordar de modo creador y muy crítico, porque no podemos administrar ni gastar el dinero como todos lo hacen.

Es indispensable revisar la escala de valores que está en juego y desenmascarar costumbres a veces profundamente arraigadas en nuestro pueblo; costumbres que, schoenstattianamente, son insostenibles.

Para nosotros el hombre y la mujer, en el matrimonio, son de igual dignidad y forman una sociedad en la que ambos tienen derecho a voz y voto; constituyen una sociedad de pares. Y si es así, también tienen que comportarse como sociedad en estos casos concretos, guardando la dignidad de cada uno; pues ambos tienen algo que decir. También en este campo debemos llegar a vivir la solidaridad matrimonial, no sólo en lo espiritual.

¿Cómo administramos el dinero? Si hay o no separación jurídica de bienes, es otro problema. Aunque exista, lo decisivo no reside allí. Formamos una sociedad y si yo gano y el otro también gana, todo es para nosotros, y de ese dinero disponemos ambos. ¿Qué destino le damos? Debemos examinarlo en conjunto haciendo un presupuesto común, sabiendo con lo que ambos contamos, y lo que cada uno aporta y de este modo, de común acuerdo, podremos decidir en qué gastar el dinero. Quién lo administra en concreto, es

decir, si lo hace el marido o la mujer, ése es un problema que se resuelve de común acuerdo.

Por otra parte, pensemos *qué sucede con los hijos y el dinero*. Si existe esa posibilidad, se les suele dar a raudales y así se les malcría desde el comienzo. O, si no la tenemos, como estamos en un medio exigente, existe a veces la tentación de entrar en el juego de las apariencias.

¿En qué gastamos el dinero? ¿Cómo lo gastan los hijos? ¿Lo sabemos? Si les hacemos participar y ellos comparten nuestros criterios, si les vamos transmitiendo los valores sobre el sentido del dinero y de la pobreza, los iremos educando progresivamente en el espíritu y en la práctica de la sencillez mariana, de la austeridad, de una sana libertad frente a las cosas materiales y del espíritu solidario. Normalmente les daremos una cuota de acuerdo a nuestras posibilidades y a lo que sea adecuado. Por lo tanto, esa cuota tendrá que ser sopesada en común por ambos, papá y mamá.

Estamos ante tareas muy concretas; tiene que darse aquí un trabajo consciente y autocrítico respecto a las costumbres existentes. El P. Kentenich habla de una “ley de la contradicción” y de una “ley de la adaptación”. Sin duda que en la cultura actual también se están gestando cambios positivos. Los asumimos, de acuerdo con la ley de la adaptación. Como dice san Pablo: “Probamos todo y nos quedamos con lo bueno”. Pero también tenemos que ayudar a nuestros hijos a que se cuestionen críticamente en relación al ideal de pobreza y la sobriedad, según los criterios del Evangelio. Tanto nosotros como ellos, debemos aplicar la “ley de la contradicción”, es decir, la necesidad de aprender a nadar contra la corriente.

Otra pregunta que dice relación con este tema es: *¿Cuál es nuestra actitud concreta frente a los bienes materiales?* Sabemos bien que el dinero nos permite comprar cosas. Que la sociedad en la cual vivimos es una sociedad consumista, lo sabemos de sobra. Es una sociedad que nos lleva a acumular: vestidos, zapatos, juguetes, etc. Es tanto que a veces la pieza de los niños contiene un mar de juguetes, y a menudo ni siquiera saben lo que tienen. Al mismo tiempo, se da el caso que esos niños juegan normalmente mucho más felices con una muñeca harapienta y destartalada que con los juguetes finos que poseen.

Y si abrimos el closet, ¿cuántos vestidos hay? ¿Cuántas corbatas?... Uno de ustedes, después de escuchar algo sobre esto, me pasó el recorte de un diario que cita a san Agustín, uno de los más grandes Padres de la Iglesia. El dice así:

“Dios no os exige mucho. Pide lo que él te dio. De esto, tú quita lo que te sea necesario. Los demás bienes, que son superfluos para ti, son necesarios a otros. Los bienes superfluos de los ricos son necesarios a los pobres. Posees lo ajeno cuando posees lo superfluo”.

El P. Kentenich distinguía tres tipos de *bienes*: los *necesarios*, los *útiles* y los *superfluos*. Los necesarios son bienes que todos debemos tener. Es un escándalo que existan tantas personas en la sociedad que no tienen lo necesario. También se debería contar con los

bienes útiles. Pero el Padre dice que a veces tenemos que renunciar a ellos por nuestra tendencia a apegarnos demasiado a las cosas y a acumular: nos esclavizamos demasiado a los bienes materiales y ponemos en ellos nuestra seguridad. Para educarnos y contrarrestar esa tendencia a poseer y acumular, tenemos a veces que renunciar a cosas necesarias. Respecto a lo superfluo, no cabe el sistema de lujo entre nosotros y por eso tenemos que pensar qué auto compramos, qué alfombras ponemos en el living, qué cortinas colocamos, etc. Es preciso hacer un autoexamen sincero en este sentido.

En este contexto, debemos considerar también la *proyección social del dinero y de las cosas que poseemos*. No sólo se juega en este punto la pobreza, la sobriedad de vida, el sencillo estilo mariano, la austeridad o la libertad que nos permite estar abiertos para las cosas de Dios, sino que también se juega la justicia y la caridad. Leímos lo que San Agustín decía: es injusto poseer cosas superfluas, porque no son nuestras, sino que pertenecen a otros. Estamos quitándole a otro lo que le pertenece. No somos dueños de los bienes, somos administradores. Es Dios quien nos los da, y nos los da para que vivamos dignamente. Pero si los acumulo en desmedro de otros, estoy cometiendo una injusticia y una falta de caridad o de solidaridad fraterna.

En esta misma línea, pensemos igualmente en la solidaridad frente a la Iglesia; por ejemplo respecto al dinero del culto,... ¡Cuánto ha costado en Chile conformar la mentalidad de que nosotros no le damos una limosna a la Iglesia sino que debemos, como miembros vivos de ella, velar por sus necesidades materiales. Hay Movimientos que en ese sentido van bastante más lejos que nosotros; los miembros dan el 10% de sus ganancias al Movimiento al que pertenecen. Nosotros damos el 1%... si lo damos...

Tenemos que ser realistas: cuando Schoenstatt ha llegado a tocar el bolsillo de las personas, significa que nos ha tocado en verdad. De lo contrario, es más bien un sentimiento... es bonito, lindo, somos todos hermanos... pero, así, “espiritualmente”...

Si queremos otro orden mundial de la economía, como lo han expresado los Sumos Pontífices; si no estamos contentos con el que existe a nivel nacional, entonces tenemos que empezar ordenando nuestra propia casa, creando otro estilo, y no simplemente asumiendo, de buenas a primeras, las formas propias de la sociedad de consumo que hoy impregnan nuestro ambiente. Por ello es necesario ser autocríticos al asumir costumbres: No adquiramos costumbres simplemente porque son costumbres, porque “se estila así”.

En resumen: está claro que el orden económico no nos es indiferente; que el marido no es un ser “omnipotente”; que tampoco cada cónyuge debe andar cada uno por su lado; que la pobreza evangélica tiene que expresarse, de alguna forma, en cada familia; que hay que educar para la libertad, para la corresponsabilidad, para la solidaridad, para compartir. Todo esto nos es claro. Pero todo ello requiere de un trabajo, de un cultivo consciente por parte de cada persona y de cada familia para que algún día, como Movimiento, podamos decir: los schoenstattianos viven de esta forma; en ellos es costumbre administrar así el dinero.

2. Nuestras costumbres en el campo de la diversión

Tenemos aquí otra área importante. Schoenstatt nos llama a cultivar un sano organismo de vinculaciones naturales, que es la base de un sano organismo de vinculaciones sobrenaturales. La sanidad se expresa no sólo en el trabajo sino también en el descanso, en el esparcimiento, o en la diversión...

Schoenstatt no es “fome”. No puede ni debe serlo; el P. Kentenich no era nada de fome... Schoenstatt no consiste sólo en reuniones. Tenemos retiros, jornadas, reuniones... pero ¿por qué no cantamos más, por qué no cultivamos creadoramente una manera de entretenernos sanamente? Si somos familia, debiera ser así...

La entretención pertenece a la integridad orgánica de nuestra vida. Aquí también es preciso dar una pelea dura y difícil, frente a una sociedad que nos lleva al “stress” en el trabajo, porque nos hace funcionar inorgánicamente. Todos estamos inmersos en este sistema. Si no llegamos a conformar otro estilo de vida, nos apartaremos cada vez más del tipo de hombre orgánico que Schoenstatt pretende encarnar.

El ritmo de vida actual nos lleva a una manera de vivir enfermiza. Pensemos solamente en una palabra: *el televisor*. Descansamos, nos esparcimos ¿cómo?, encendiendo el televisor. Creo que si hacemos una encuesta, en el 90% de los dormitorios de los matrimonios actuales el televisor está en el lugar más íntimo de la casa, como invitado especial. Son muy pocos los que no lo tienen allí. Y eso quiere decir que todo lo bueno que pueda traer la televisión, lo recibimos allí, pero también toda la mugre, la recibimos en el centro de nuestro hogar. Y esto sin considerar el efecto bloqueador de diálogo conyugal y familiar que ejerce el televisor.

¿Es ésa la manera más sana de distraerse? Es una gran interrogante. ¿Tiene Schoenstatt algo que ver en relación a la televisión o es un asunto indiferente, de otro orden? ¿Tienen nuestros ideales algo que ver con el uso del televisor? Creo que tiene mucho que ver ¿Cómo lo usamos, cómo lo usan nuestros hijos? ¿Hay que sacarlo de la pieza o no sacarlo? Tenemos que hacernos esta pregunta Por cierto, cada persona o matrimonio decidirá la mejor forma de darle un uso concreto; pero no puede dejar de decidirlo consciente y responsablemente. La presión ambiental es demasiado fuerte, pero lo podremos lograr con la ayuda de las gracias del Santuario.

Tenemos que crear formas de pasarlo bien, de gozar en familia. En otras culturas, como en Alemania o Suiza, por ejemplo, una de las cosas hermosas que uno ve es que se hacen caminatas y paseos en familia, gozando de un día de campo juntos. Los suizos escalan montañas, nosotros en cambio, tomamos el auto, llegamos a cinco metros del lugar de la mesa de picnic y nos quedamos ahí. ¡Qué fantástico es hacer paseos, caminatas, bicicletadas en familia, jugar al aire libre, o jugar a las cartas, entretenerse juntos!

Pensemos también en las *fiestas*. Uno se queda admirado que hoy sea de buen tono empezar las fiestas a las 12 de la noche o a la 1 de la madrugada. ¡Es increíble! ¿Es ése un

estilo cristiano? ¿Es una manera de divertirse cristianamente? Para muchos existe la moda de festejar a los niños en un club, cuando tienen apenas 3, 4 o 5 años. ¿Puede ser sana esa forma? Tampoco puede ser sano que niños de 10 años estén yendo a fiestas como los adultos y que estén bailando los mismos bailes.

Tenemos que pasarlo bien, por cierto, pero sanamente. En un retiro de matrimonios hablamos sobre esto. Puse la pregunta: ¿cómo se divierten, cómo lo pasan bien ustedes como pareja? Después hicimos una rueda y lo comentamos. Y me fui dando cuenta que todos hablaban cómo entretenían a sus hijos: hacían esto o lo otro, salían a paseo, pero todo se movía siempre en torno a los hijos. Y les pregunté ¿y ustedes dos como matrimonio, no lo pasan bien, no salen, no hacen nada en esta línea? Y eran muy pocos los que respondieron que lo pasaban bien y que se distraían juntos como pareja.

Existe además otro problema: el hombre se divierte, lo pasa bien, juega tenis, fútbol, etc., y la mujer (si es que lo acompaña) mira cómo juega, cómo pesca... Es decir, las entretenencias, el deporte, son del hombre, no de los dos. Y entonces ¿qué hace la mujer? Busca otras entretenencias: va a clases de gimnasia, de pintura, a tomar té, a jugar cartas... El resultado es que cada uno anda por su lado...

¿Se dan cuenta cómo Schoenstatt también tiene que bajar a plasmarse en estas cosas? Porque si no es así, se nos escapa la vida concreta. Pues claro, vamos juntos a una reunión, a una jornada, a un retiro y ahí somos personas o una “pareja perfecta”, “ideal”. Pero, como ya vimos, en la realidad...

Estamos reflexionando sobre algo importante para nuestra Familia y para la realización de nuestra misión. Hagamos un pequeño paréntesis sobre el modo cómo se adquieren las costumbres.

El Padre nos llama a una cruzada del pensar, amar y vivir orgánicos. Todo lo que hemos hablado tiene que ver con esto. Del amor orgánico, de una mentalidad orgánica, tienen que surgir costumbres coherentes con esa manera de pensar y de amar. Al *pensar y amar* orgánicos debe seguir un *vivir* orgánico.

Buscamos enriquecer nuestras costumbres. Algunas, por cierto, las asumiremos de nuestro medio, porque son positivas. No todo lo que nos rodea está mal, ni mucho menos. En nuestros hogares schoenstattianos se han ido gestando muchas costumbres sanas que corresponden a nuestro espíritu. Por ejemplo, a nuestros hijos no les pedimos una actitud crítica. Ellos asimilarán por “ósmosis” las sanas costumbres que cultivemos. Es decir, van a recibir esas costumbres, por así decirlo, con la leche materna. Y eso es extraordinariamente valioso porque así las arraigan en su subconsciente, desde la niñez.

Ahora bien, *esas costumbres recibidas por tradición familiar o ambiental schoenstattiana*, en algún momento también tienen que motivarse y asumirse conscientemente. Lo exige el choque ambiental al cual serán sometidos. Por eso, tenemos que concientizarnos y concientizar a nuestra juventud; de lo contrario los dejamos desvalidos frente a un

ambiente adverso que los acusará, los marginará y los catalogará como “pájaros raros”. Si ellos no están provistos de una fuerte conciencia de misión, sucumbirán ante la presión ambiental: ¡cómo te vistes así! ¡cómo no fuiste a ver tal película!, ¡cómo esto, cómo esto otro...! Y el joven empieza a sentirse marginado del ambiente en su colegio o en la universidad, porque no es como los demás...

Ahora bien, cuando esa persona tiene una clara conciencia de misión, no se limita sólo a resistir al ambiente de su entorno, sino que busca también transformarlo y conquistarlo. De ese modo, realmente estamos construyendo un mundo nuevo.

Las costumbres no surgen solamente cuando se asume funcionalmente lo que existe. También *tienen que gestarse “a propósito”*. ¿Cómo sucede esto?

En primer lugar, por ejemplo, muchas veces -ustedes lo han vivido- en una jornada, en un retiro, se reciben motivaciones y surge la inquietud: en realidad podríamos hacer esto; o, personalmente, podría empezar a hacer tal o cual cosa: rezar, por ejemplo, a la hora de las comidas, etc. O, respecto a lo que hablamos acerca de la manera de administrar el dinero, se conversa y luego se inicia determinada práctica.

Las costumbres se generan y afianzan por repetición de actos. Pero, para que sean fecundas, deben ser actos que respondan a una motivación valórica, de tal manera que se sienta que el esfuerzo por instaurar esa costumbre vale la pena, pues ennoblece y enriquece nuestra persona.

Otra posibilidad de gestar nuevas costumbres se da cuando las forjamos a partir del ideal. No se ha recibido ninguna motivación, ninguna jornada o retiro, pero, *mirando al Ideal Personal o al Ideal de Matrimonio, al Ideal de Familia, pensamos cómo podríamos concretizarlo o encarnarlo en la vida cotidiana*. Y así, poco a poco se empiezan a generar estas nuevas costumbres hasta que pasan a ser algo adquirido y ya no tenemos que preocuparnos más por hacerlas deliberadamente, porque ya nos pertenecen como una “segunda naturaleza”.

Sin embargo, debido al pecado original, para que esas costumbres se mantengan, es necesario tener siempre el espíritu en alto. *Si el espíritu decae, la costumbres pasan a ser un formalismo*, una cáscara. Se guarda lo exterior, pero ya no se tiene la fuerza interior del espíritu. El amor a la Mater decae, la motivación del ideal también decae, ya no se está tan arraigado en lo sobrenatural, a tal punto que esas costumbres ya no tienen fuerza y pasan a ser un mero formalismo; entonces bastará que haya un cambio en el ambiente para que todo se tire por la borda.

¿Qué otros ámbitos de costumbres podemos abordar?

3. Nuestras costumbres respecto al modo de expresar el afecto y respecto al comportamiento en la esfera sexual.

Es otro de los puntos neurálgicos de nuestro estilo de vida, porque en este campo confluyen numerosos de factores esenciales. Basta recordar que nuestra misión consiste básicamente en instaurar el organismo de vinculaciones, es decir, del amor. Si no existen formas adecuadas, esa meta se transforma en uno de esos ideales genéricos, de esas convicciones que no muerden la vida y que, por lo tanto, no crean cultura.

Junto con ser un punto neurálgico, es también uno de los campos donde existen más aberraciones, aberraciones semejantes a las que se dan en el mundo del dinero.

Abordaremos tres aspectos:

- 1) la expresión sensible del afecto,
- 2) el pudor; el modo de vestirnos, y
- 3) la sexualidad conyugal y la paternidad responsable.

Esto es materia suficiente para una jornada entera... por lo cual sólo señalaré algunos de sus aspectos. Nuestro interés es motivar y llamar la atención sobre estos ámbitos, tan decisivos en nuestra vida.

1) *La expresión sensible de afecto*

Como primera observación, diría que el estilo de vida actual desconoce la cultura de la delicadeza, de la ternura, de la expresión sensible de afecto en las caricias. Se dan dos extremos: o se reprime la afectividad y la expresión sensible del afecto, porque se la ve como algo peligroso; o bien ésta se desborda, es decir se la reduce a una especie de ingeniería de preparación al acto sexual.

Muchas veces se reprime la afectividad; como una expresión más del machismo. “Los hombres no lloran”, no se expresan sensiblemente. El hombre, en su expresión de cariño, tiende a ser un tanto “abrutado”; si una persona es más delicada, se la cataloga como afeminada. El hombre tiene que ser rudo. De una u otra forma, este sentir está arraigado en nuestra cultura: se siente así, se vive así y se estila así. Y eso crea una cantidad enorme de problemas tanto para la persona misma como para la esposa y para los hijos, en el matrimonio.

En el otro extremo, tenemos *una afectividad desbordada*, donde la sensualidad y la sexualidad se constituyen en lo único que importa, son *la* expresión del afecto. Pero en realidad constituye una expresión desgajada del espíritu, sin alma. Tenemos entonces sexualidad y caricias sexuales desligadas del amor espiritual y sobrenatural, lo que crea enormes frustraciones.

Antes, el acento estaba puesto más bien en costumbres victorianas de represión, que de alguna manera aún existen, pero ya en menor escala. Hoy predomina el desborde, el

pansexualismo, del cual todos nosotros somos testigos. Pero se trata una sexualidad enormemente pobre y deshumanizante, y por eso mismo conflictiva, que no alcanza a proporcionar plenitud a la persona.

Se produce una especie de salto desde el amor espiritual hacia el amor sexual. Se desconoce toda esa gama de la expresión sensible del afecto que no es sexual. Y éste es un tremendo error. ¿Por qué? Si doy, por ejemplo, un apretón de manos a alguien, estoy haciendo un gesto sensible que manifiesta aprecio, amistad, amor, en forma tangible. Ello no tiene absolutamente nada sexual. Si la mamá o el papá toman a un niño y “se lo comen a besos”, evidentemente que eso no tiene nada que ver con lo sexual. Sin embargo, es algo sensible, es una caricia intensa. Cuando abrazo a alguien, estoy expresando un cariño, un afecto. Con ese gesto manifiesto cosas espirituales, tales como: “estoy contigo”, “te apoyo”. Si alguien está experimentando un dolor, resulta instintivo abrazarlo, como diciéndole “te sostengo”, “te apoyo”. Si un esposo le da un abrazo a su esposa, con ello le dice: “yo te acojo en mi vida”, “te cobijo”, “te protejo”...

Este lenguaje sensible es extraordinariamente importante. Donde no existe una cultura del lenguaje sensible, donde no se redime ni educa la sensibilidad, vamos directamente hacia uno de los dos extremos: o reprimimos, transformándonos en una especie de seres inhumanos, “angélicos”; o bien nos convertimos en animalitos. Entre esos extremos se mueve la cultura actual. Qué gran desafío es poder lograr la unión del amor instintivo y corporal con el amor espiritual y sobrenatural; lograr la armonía de la naturaleza y la gracia también en este campo, tal como la soñaba el Padre. Si hay algo donde se pone en evidencia la realidad del amor y de la vida orgánica, es precisamente en la relación sexual. Es allí donde debería culminar la armonía entre naturaleza y gracia. ¿No tendríamos que elaborar y aplicar esto en mayor medida?

Veamos algunas cosas más concretas. *¿Cómo se pololea hoy ?* ¿Qué estilo de pololeo existe? ¿Cómo pololea nuestra juventud? ¿Hemos creado otro estilo o los jóvenes schoenstattianos simplemente adoptan el estilo existente? Pero si adoptan el estilo existente, es seguro que no son schoenstattianos en ese aspecto. Nuestra juventud debe considerar más críticamente el estilo de pololeo de sus compañeros de colegio o de universidad.

No existe gradualidad: se empieza a pololear casi sin ningún preámbulo de conocimiento mutuo. Los pololeos se inician a partir de una fiesta, en una noche, y ya en ese punto se produce el desborde con un torbellino de caricias y una exacerbación de la sensualidad. Así se practica hoy el pololeo. En Europa la cosa es más radical, porque pololear ya significa vivir juntos. Aquí aún no hemos llegado a eso, pero estamos bastante cerca. Formal o exteriormente, no se vive juntos, pero hacia allá vamos. Cuando la cultura se ha desligado de Dios, pierde el sentido de la moral y acaba cayendo en la aberración moral.

¿Qué estilo existe en el pololeo? ¿Cómo se besan los pololos? Basta observar los spots publicitarios y las películas. La juventud también asume esa manera de expresar el cariño, a tal punto que en ese ambiente es casi imposible no terminar en las relaciones

prematrimoniales. Porque esa forma de expresar el cariño prácticamente constituye una preparación directa al acto sexual. Si la caricia no tiene medida, se desboca y sigue su dinámica instintiva. Si no existe educación y encauzamiento de la afectividad, no pidamos pureza mariana en nuestra juventud.

Y en cuanto a los *paseos*... poco a poco se ha ido introduciendo la costumbre de salir por un fin de semana en pareja, pololeando o no pololeando...; uno se pregunta: ¿son ángeles? ¿O bien son de carne y hueso? Y entonces... Es una tarea ardua para los jóvenes, porque tienen que plantearse ante algo que a otros les parece absolutamente natural. Tienen que saber decir no, pero un no justificado con razones... Deben evidenciar que no son unos mojigatos, sino que tienen y buscan algo más grande, más noble que no lo quieren perder. Son ellos los que tienen que dictar sus normas sin aceptar que otros les impongan su forma y su modo de pololear.

Por otra parte, ¿cómo es, entre los esposos, el modo de expresión del afecto? Los varones schoenstattianos enfrentan aquí un trabajo de autoformación muy importante. Por naturaleza, por ser hombres, en general son mucho más remisos para expresar el cariño. Pero resulta que en el matrimonio, si el hombre no expresa el cariño “gratuitamente”, acaba por frustrar a la mujer. Ella experimenta la cercanía del hombre sólo como un interés sexual. Suelen dar un salto: prácticamente pasan de la nada, de la calle, a la intimidad más profunda... La mujer rechaza esta modalidad, la siente como algo indigno, que no corresponde. Por eso el varón debe aprender a expresarse y a descubrir el valor de la caricia. Y la caricia puede ser una mirada, un tomar la mano, decir un piropo, un pasar la mano por el cabello... todos los gestos que debieran ser normales en la expresión de ternura. Hoy casi no existe, como decíamos, la cultura de la ternura y de la delicadeza. Hay que aprenderla nuevamente.

No podemos contentarnos con adoptar la forma en que habitualmente los hombres se expresan. Pertenece al hombre orgánico expresarse sensiblemente; pertenece también a la integridad de nuestro amor que éste se manifieste en caricias nobles, en caricias dignas, marianas. Los laicos no están llamados a un estilo de vida virginal; ellos tienen que hacerse santos dándose a sí mismos a través de estas expresiones sensibles del amor. De otro modo, tendrían que dejar la vida laical y entrar al convento... Pero eso no procede...

La expresión de cariño con los hijos. Si preguntamos a los sicólogos, éstos nos hablan de la necesidad que tiene el niño de un amor expresado sensiblemente. Normalmente, el cariño de la mamá está asegurado. Una madre tendría que ser demasiado desnaturalizada para no expresar sensiblemente el cariño a sus hijos. Sin embargo, hoy también existe este problema, pues la mamá trabaja, está fuera del hogar, y así muchas veces deja insatisfecha esta necesidad de los niños, que no reciben entonces todas las caricias que deberían recibir de parte de su mamá. Este es un problema cada vez más agudo. Por otra parte, hasta se llegan a dar casos en que las mujeres se ponen inyecciones para no tener que amamantar y no perder la figura... Son aberraciones de la maternidad... De todas maneras, en la mujer

no existe un peligro tan inminente como en el hombre, a quien le cuesta mucho más expresar su cariño, tanto a su esposa como a sus hijos.

Recuerden la oración de “Hacia el Padre”: “así como la esposa anhela muestras de amor”. Es un anhelo normal. El niño necesita que el papá lo regalonee. Un niño que no ha sido regalado queda interiormente con una carencia respecto a su autoestima, a su aceptación en el mundo, a su experiencia de cobijamiento. ¿Cómo podré decirle mañana que él es como la pupila de los ojos de Dios Padre; que el Padre Dios lo quiere a morir, si él no lo ha experimentado, de algún modo, en las caricias de su papá? Porque su papá llegaba tarde, rendido y no quería que los niños lo molestasen; porque ese papá tomaba el diario o se instalaba a ver el partido de fútbol, hipnotizado por el televisor. Los niños necesitan el calor, el cobijamiento sensible de los padres, tanto del papá como de la mamá.

2) *El pudor*

Nuestro cuerpo y el cuerpo de las demás personas, creado por Dios y llamado a ser templo del Espíritu Santo y miembro de Cristo, requiere todo nuestro respeto y trato ennobecedor. Pero hoy estamos inmersos en una cultura que tributa un verdadero culto al desnudo, a la provocación. Lo vemos en la televisión, en las revistas, en las películas, en los bailes, en la calle, por todas partes. Decir que el pudor se ha perdido de modo abismante en nuestra cultura es una evidencia que no necesita ser probada. Voy a leer una carta de alguien que responde a una consulta sobre el tema de esta jornada. Dice lo siguiente:

“Con respecto a qué otras cosas me gustaría se hablara en la Jornada de Dirigentes referentes al estilo de vida, si fuera posible le pediría tocar el tema de la sexualidad que usted sólo menciona en las otras charlas dadas para los matrimonios. No sé si en la Rama Familiar se ha tocado mucho. Hay grandes ‘descriterios’ no sólo respecto a la sexualidad antes o fuera del matrimonio, sino, incluso, dentro del matrimonio. Ahí va un botón de muestra.

Tiempo atrás, una persona del Movimiento me preguntó qué opinaba yo si para prepararse con el marido al acto sexual se podía ver un video pornográfico. Ella no lo tenía claro.

Otra vez, estando de visita en casa de alguien de Schoenstatt, veo llegar a un chiquillo. Pasa a saludarnos y la mamá me lo presenta como el pololo de su hija, y cuál no sería mi sorpresa cuando le dice que pase a la pieza de la hija, porque estaba de vacaciones y aún no se había levantado. En fin, es tal el descriterio que hay en esta línea que realmente me preocupa.

Sin ir más lejos, acabo de asistir a un curso de sexología dado en el Colegio XX (uno de los colegios católicos más importantes de Santiago), para apoderados de alumnos del Primero Medio. Y quedé espantada por la falta de principios en los papás de los compañeros de mi hijo. Incluso estaba en desacuerdo con los criterios de los monitores. Entre otras cosas, plantearon como positivo que no debía haber tapujos en la familia

respecto al sexo y que lo bueno era que todos se fueran bañando y ocupando el baño al mismo tiempo; que los hijos vieran a los padres desnudos y los hermanos de distinto sexo se vieran entre ellos como algo natural a cualquier edad. El pudor brillaba por su ausencia. La virtud de la pureza fue ignorada absolutamente en el curso.

Creo que en esta línea tenemos mucho que hacer entre los nuestros, en la Iglesia y en el mundo.

Lo otro que sugeriría es relacionado con lo anterior, respecto a la moda unisex. Encuentro que es alarmante ver a todos en nuestra juventud, hombres y mujeres, vestidos iguales. Puros bluejeans y polerones. Casi no se distingue si son hombres o mujeres, sobre todo en las fiestas de 14 años. Muchas veces me pregunto si los papás no estamos conduciendo a la juventud a una confusión de los sexos, de roles, de características, que incluso puede culminar en la aberración.

Finalmente, me preocupa la sociedad permisiva, donde todo se puede hacer, lo que uno quiere y cuando quiere. Nadie se sacrifica por ideales ni por los demás, mientras no vaya contra las leyes. Esto nos está llevando a una sociedad blanda, donde los individuos no tienen control de sí mismos y por eso son presa fácil de la droga, del alcoholismo, del sexo sin control, de la violencia, etc.”

Son reflexiones que dan que pensar.

¿Cuál es la moda para vestir que adopta la juventud del Movimiento o nuestros hijos? ¿Es una vestimenta que exalta la belleza, el pudor y la dignidad de la persona? ¿Corresponde al ser “hijo de Dios”, o al ser “hijo de María”? ¿O estamos condenados a seguir una moda que rinde culto al desnudo, a veces disimuladamente, pero para lograr un efecto aún más provocativo?

No creo que la Virgen se haya vestido en forma desastrada. Sin duda debió hacerlo de modo sencillo, pero con harto gusto. ¿No habría que despertar más creatividad en esta dirección? Es un desafío... ¿Por qué todos los modistos tienen que ser como son?

Ciertamente no sacamos nada con imponer a los hijos costumbres que ellos no han asimilado y de las cuales no están convencidos. En ese caso, la pelea ya está perdida. Lo que no hacen delante de los papás lo harán en su ausencia. Todo lo que es impuesto por la fuerza, tarde o temprano se echa por la borda.

¿Cuáles son nuestras costumbres? ¿Nos mimetizamos? Hagan un test y vayan a una playa cercana, a Cachagua o Reñaca, por ejemplo. ¿Pueden distinguir a los schoenstattianos de los no schoenstattianos...? En Europa está la moda del topless, que ya es costumbre adquirida; mañana aquí será lo mismo. No tenemos por qué creer que no ocurrirá así. Las drogas, pensábamos, nunca entrarían en Chile. Ya existen, y existen tanto en la clase media como en la clase alta. Si no lo creen, pregunten en la Clínica Las Condes. Días pasados, me contaba un médico acerca de la cantidad de personas que llegan por problemas de drogas.

Eso no existía antes en Chile, pero ahora sí existe. Tenemos un desafío tremendo ante nosotros.

Hoy no nos distinguimos los católicos de los no católicos en el modo de vestir, y tampoco los schoenstattianos de los no schoenstattianos. La gran mayoría compra los mismos modelos, ofrecidos en los mismos lugares... Sin darnos cuenta, nos vamos “mimetizando”... y las formas no marianas, como decíamos, minan el espíritu mariano que con tanto esfuerzo tratamos de encender en nuestros retiros, jornadas y reuniones.

3) *Costumbres en el ámbito de la sexualidad conyugal y de la paternidad responsable*

Este es un punto que debiéramos trabajar mucho más decididamente, sobre todo en la Rama Familiar. Pero no sólo en ella, sino también en la juventud, porque si no hay una preparación previa en la juventud, después todo resultará mucho más difícil. Por ejemplo, más adelante, cuando ya viven su matrimonio, si recién les hablamos de la regulación de la natalidad o de la abstinencia periódica, exigiendo sin haberles dado antes una educación adecuada, simplemente sentirán la abstinencia como algo antinatural, como un enorme peso, como algo insoportable. Y será así porque no han desarrollado la cultura de las caricias, de la que hablábamos recién, sin cultivar otra manera de expresar el afecto que no sea la sexual.

Este es un campo privilegiado donde Schoenstatt tiene que llegar a probarse. Es un campo conflictivo y difícil, que podría servirnos de termómetro para saber hasta dónde ha penetrado realmente Schoenstatt en nuestra vida.

¿Cómo abordan los schoenstattianos la regulación de la natalidad? ¿Qué costumbres tienen en este sentido? Una gran mayoría de los católicos no sigue la enseñanza de *Humanae Vitae*. Es una realidad. Cabe preguntarse: ¿Cómo lo hacen los schoenstattianos?

Se suele decir: lo que la Iglesia propone es antinatural, utópico, impracticable, poco realista, poco seguro: ¿cómo puedo aceptar algo –se protesta– que me amarra como una camisa de fuerza? Es utópico y no es para personas normales; no puedo y además el sistema es poco confiable... ¿Qué pasa entonces? Se usan los preservativos artificiales: píldoras anticonceptivas, etc., de lo que hay cada día una mayor oferta.

Quiero hacer tres observaciones en este campo.

Primera observación: Los métodos naturales, en general, se desconocen. Existen prejuicios, falta de información y de formación. Tenemos la gran responsabilidad de formarnos y de conocer bien este campo. El P. Kentenich, en la carta que envía al P. Tick, antes citada, habla precisamente de que se debería llegar a asumir en la *Obra Familiar* la moral que se predica en las Encíclicas Papales. En aquel momento, él se refería a *Casti Connubi*, pero lo mismo vale para *Humanae Vitae*, la que él no llegó a comentar.

¿Disponemos en Schoenstatt de instancias donde se puedan conocer los métodos naturales de regulación de la natalidad tanto para los matrimonios como para los jóvenes que pronto contraerán matrimonio?

Una segunda observación: ¿Ha sido desarrollada una espiritualidad y una pedagogía de la regulación de la natalidad? ¿Hemos logrado educar a tal punto que se descubra la riqueza de la comunicación, del diálogo matrimonial, en el plano espiritual, en profundidad? Si no existe una comunicación personal en la pareja, un diálogo profundo, si falta la expresión sensible del afecto de lo que recién hablábamos, si falta esa espiritualidad, entonces la regulación de la natalidad será siempre una cruz, algo psicológicamente imposible e impracticable.

En este tema no podemos funcionar con la política de “los vacíos”. Si quitamos o nos restringimos en algo es porque ponemos en su lugar otra cosa. La mera renuncia es insostenible. Por eso hay que educar, a fin de que no se genere un vacío que invite a ser llenado en otra forma.

Una tercera observación: ¿hasta qué punto se integra la cruz y la renuncia ennoblecedora de la naturaleza, en la vida conyugal? No hay cristianismo sin cruz; no hay ennoblecimiento de la naturaleza sin cruz. La cultura actual destierra la cruz, no la quiere. Es una cultura que no acepta todo lo que puede restringir su naturaleza: no acepta la “poda”. “El Padre poda la vid para que dé más fruto...” Eso no lo quiere el hombre actual. Pero resulta que si no hay poda tampoco hay buenos frutos. Si la naturaleza no se corrige y sublima por el sacrificio, termina deshumanizándose.

Sin cruz, es imposible alcanzar una vida matrimonial sana. La regulación de la natalidad no puede prescindir de la cruz. Pero no es la misma la cruz que lleva un monje, cuando se impone el silencio o algún tipo de renunciaciones propias de su espiritualidad monacal; sin embargo, la espiritualidad laical, especialmente en este campo, también requiere asumir la cruz. Pero no se trata de una cruz enemiga de la naturaleza o que la aplasta, sino de una cruz que ennoblece.

¿Cómo integramos la cruz en nuestra vida matrimonial?

Es un gran desafío para nosotros, schoenstattianos, descubrir la grandeza de la sexualidad conyugal, el valor del instinto sexual en la relación matrimonial, es decir del acto sexual tal como Dios lo quiso y lo previó. Y al mismo tiempo, el desafío de asumir, en forma abierta y creyente, la moral proclamada por el Magisterio de la Iglesia. Pero no simplemente como una norma negativa y limitante, sino de modo ennoblecedor, como camino para alcanzar mayor plenitud en el diálogo conyugal y una santidad matrimonial más radical.

Los temas que estamos considerando deberían ser tratados en extenso. Pero en esta jornada no es posible analizarlos más a fondo.

4. Nuestras costumbres en el uso del lenguaje.

Esto se conecta en parte con lo anterior, pero se refiere a otros aspectos.

La forma en que hablamos no es indiferente. “De lo que habla la boca está lleno el corazón”, dice el Señor. Lo que sale de mi boca viene de lo que hay en mi corazón. El Señor dio en ese sentido criterios muy claros: “Vuestro lenguaje sea sí, sí, no, no”. “El que es de la tierra es de la tierra y habla de la tierra”. El apóstol Santiago dice que tenemos que ser prontos para oír, tardos para hablar. Y San Pablo: “No salga de vuestra boca palabra desedificante”.

Queremos que en nuestro Movimiento, tanto en nuestra juventud como en nuestras familias, reine un lenguaje mariano. Es decir, un lenguaje puro, limpio, digno y dignificante. Debe reinar un lenguaje veraz que exprese nuestro espíritu.

Supongamos que aunque tengo un espíritu mariano y le rezo a la Mater, a mis obreros los trato a garabatos. Aquí hay algo que no calza. Pero sucede, y suele suceder -eso es lo grave- sin tener conciencia de que estamos haciendo algo que no corresponde. Nos parece natural. Cuando se conversa entre jóvenes, también parece natural que constantemente se traten de “tal por cual”. Estamos saliendo del Santuario y pocos metros más allá usamos ese lenguaje. No existe conciencia de que es un lenguaje impuro. Nos hemos mimetizado y adoptamos inconscientemente una manera vulgar de hablar. Pero resulta que esa forma vulgar de hablar es educativa, ya que es un camino hacia un cierto espíritu: engendra un espíritu vulgar, no mariano. Si practicamos esa forma, de hablar terminaremos siendo espiritualmente vulgares, casi sin darnos cuenta.

Adoptamos una forma inadecuada que va conformando nuestro espíritu, y nos lleva a ser justamente lo que no quisiéramos ser. Subrepticamente, por todos lados se introducen otras costumbres que minan y carcomen nuestro espíritu mariano. Incluso a veces, cuando un niño dice garabatos, se le celebra: ¡Miren lo que dijo! Es una gran fiesta porque el niño dijo *la* palabra. Es increíble, pero es así. Celebramos y avivamos a niños que dicen palabras groseras. Ellos aún no tienen idea de lo que dicen, pero ya están siendo marcados por una impronta. Lo malo es que a veces esas palabras las han aprendido de los papás; repiten lo que escuchan...

¿Cómo es el trato entre nosotros? ¿Existe respeto? ¿Lo hacemos con lenguaje digno? Si yo le digo a alguien: “mira, tal por cual”, ¿lo estoy dignificando? Esa persona ¿es realmente un “tal por cual”? Debemos sopesar lo que decimos. Lo estamos tratando así, y de tanto tratarlo así cultivamos una mentalidad, una cierta visión del hombre. No, no estamos dignificando, y menos aún cultivando un espíritu mariano. ¿Queremos realmente a la Mater? Entonces ello debiera reflejarse en nuestro lenguaje.

Antes era común que delante de la mamá y de las hermanas nunca se utilizara un garabato. Era algo sano, noble. Pero eso ya no es así. Si yo creo en la Mater, y también creo que está allí en el Santuario, ¿corresponde expresarse así? ¿Es coherente? Si sólo nos guiamos por el ambiente, es fácil justificar ese lenguaje, lo encontramos natural y no le damos importancia. Pero de ese modo, no edificamos la cultura mariana que anhelamos.

San Pablo, decía: “Que no salga de vuestra boca palabra desedificante”. Es decir, que de vuestra boca salgan palabras nobles, ennoblecedoras. El apóstol Santiago comenta:

“Si alguno no cae hablando, es un hombre perfecto, capaz de poner freno a todo su cuerpo. Si ponemos a los caballos frenos en la boca para que nos obedezcan, dirigimos así todo el cuerpo. Mirad también a las naves; aunque sean grandes y vientos impetuosos las empujen, son dirigidas por un pequeño timón adonde la voluntad del piloto quiere. Así también la lengua es un miembro pequeño y puede gloriarse de grandes cosas. Mirad, ¡qué pequeño fuego abrasa un bosque tan grande! Toda clase de fieras, aves, reptiles, animales marinos, pueden ser domados y de hecho han sido domados por el hombre. En cambio ningún hombre ha podido domar la lengua. Es un mal turbulento lleno de veneno mortífero. Con ella bendecimos al Señor y Padre y con ella maldecimos a los hombres hechos a imagen de Dios. De una misma boca proceden la bendición y la maldición. Esto, hermanos, no puede ser así”.

Como schoenstattianos, queremos tratar de dominar ese timón. Si de mi boca salen “copuchas”, comentarios, pequeñas mentiras, entonces quiere decir que todavía el marianismo no ha impregnado íntegramente nuestro ser. Lo más grave, como todas las cosas, no es caer. Muchas veces caeremos, es preciso ser realistas. Lo grave es no darle importancia, no nos damos cuenta que de ese modo traicionamos nuestro espíritu mariano y que lo tomamos como algo natural; que lo consideremos compatible con nuestra calidad y dignidad schoenstattiana. Eso es lo grave. Caídas, las tendremos muchas veces, porque somos débiles. Lo grave es acostumbrarse y rebajarse a un nivel que no nos corresponde.

¿Cómo hablamos? No sólo con palabras inconvenientes. Están también *los gritos*. Se grita tanto; los esposos se hablan a gritos o gritan a los niños. Pareciera que no se pueden entender si no es así. ¿Verdad que aquí hay algo que anda mal? No podemos tener un estilo de comunicación tal, ni entre nosotros ni tampoco con los hijos. Los hijos también son dignos, también merecen ser tratados con respeto y tal vez más que nadie.

“Que vuestro lenguaje sea sí, sí, no, no”. Entonces, *cuando un schoenstattiano dice algo, su palabra vale*. Si digo que haré tal cosa; si me comprometo pero en realidad esa palabra interiormente es un “no me comprometo”, o significa un “quizás”, “veré”, “según esté de ánimo”.., si es así nuestro lenguaje, ése no es el espíritu del Evangelio ni el de Schoenstatt. Cuando la Mater da su “sí”, éste permanece por toda la vida. Queremos aprender a guardar la palabra tanto en lo grande como en las cosas pequeñas, porque de otro modo ¿cómo lograremos que permanezca el sí de la fidelidad matrimonial? “Bien, siervo prudente y fiel, porque fuiste fiel en lo pequeño...”.

La cultura actual es una cultura de la ambigüedad. Todo es posible, todo es relativo, todo es ambiguo. Puede ser un sí, como puede ser no, según hasta donde me duren las ganas... Esto se manifiesta, por ejemplo, en la manera de educar a los niños. A veces se les amenaza y se les dice: si haces tal cosa, tendrás este castigo. Resulta que esa palabra no se cumple, no tiene valor, y el niño, prácticamente desde que nace, se da cuenta que su papá y su mamá dicen una cosa y hacen otra. Le dicen algo, prometen y no lo cumplen. No es más

que una simple amenaza, con lo cual se hace un daño tremendo al niño, porque se le introduce, ya desde la infancia, en esta cultura de la ambigüedad, del sí, “puede ser que sí, pero puede ser que no”; “depende”... “Que vuestro lenguaje sea sí, sí, no, no”: un lenguaje veraz, un lenguaje mariano. Nuestra palabra vale. Si damos nuestra palabra, ésta tiene peso. De modo que cualquier persona puede decir de nosotros: “Si lo dijo es porque es así”; “si se comprometió es porque lo hizo de verdad”; “su palabra vale”, “yo confío en ella”.

¿Hemos creado un estilo en nuestro hogar respecto al lenguaje? ¿Se refleja en él un espíritu mariano, el aroma mariano? ¿Cómo debe empezar a gestarse la cultura mariana? Empieza en nuestros hogares, por la forma en que hablamos y nos expresamos, por el modo en que nos dirigimos a nuestros hijos; también por la forma en que los tratamos y en que nosotros nos tratamos mutuamente; del mismo modo, por la forma en que tratamos a nuestros empleados o a la nana en nuestra casa...

5. Nuestras costumbres familiares en el orden religioso.

Son muchas y muy valiosas. Quizás las cultivemos más que las costumbres en los otros órdenes mencionados. Costumbres que no se han perdido todavía, tales como enseñar a rezar a los niños. Lo común es que lo haga la mamá, pero poco a poco se ha ido creando la costumbre de que el papá también lo haga, que él rece con los niños en la noche, comprendiendo que no es sólo tarea de la mamá. Los niños deben ver que el papá reza, que no se avergüenza de hacerlo y que lo hace con gusto. También ellos experimentan cómo la familia se reúne a rezar en torno al Santuario Hogar... Hay nuevas costumbres que se han ido introduciendo. El P. Miguel Ortega, por ejemplo, hizo un gran aporte con “El Pan de la Palabra”, que se usa en numerosas familias.

Sin duda existen muchas cosas que hemos ido conquistando y que ya se han hecho costumbre: el rezo del rosario, la celebración del Mes de María en familia, la preparación de la Navidad. Pero debemos ir más allá todavía y preguntarnos: ¿Cuál es nuestra vivencia personal respecto al año litúrgico? ¿Cómo hacerlo vida en la pequeña “iglesia doméstica” que es nuestro hogar? Más allá de lo logrado, es preciso ir más lejos; por ejemplo, debemos lograr que la familia se reúna a comentar la Biblia. De suyo, esto debiera ser algo normal. Si la familia es una pequeña Iglesia, corresponde -está en nuestro espíritu- que compartan como familia la Palabra de Dios y que con nuestros hijos podamos reflexionar sobre esa Palabra. ¿No les parece que esto, personalmente y como familia, sería algo que nos enriquecería enormemente? Hagan la prueba alguna vez. Lean un trozo y pregúntenle a cada uno qué les sugiere. Hagan esa experiencia con sus hijos y podrán admirarse de la forma en que todos participan y las cosas que dicen. Los niños tienen muchas veces un sentido religioso mucho más profundo que los adultos. A la edad de 4, 5 y 6 años dicen cosas geniales porque tienen una intuición especial. Por ejemplo, se podría preparar de este modo las lecturas de la Misa dominical.

Los jóvenes no deben creer que me estoy dirigiendo a los matrimonios solamente, porque sucede que si hoy no se preparan para conocer bien la Palabra de Dios, mañana, cuando se casen y tengan niños, ¿cómo podrán explicarles la Palabra de Dios? No podrán llegar a ser

auténticos sacerdotes del hogar. Podrán contar cuentos de Caperucita Roja o entretenerlos en otra forma, pero no serán capaces de relatarles la historia de Sansón y Dalila, de David, de Caín y Abel, que son mucho más reales, más educativas y, además, pertenecen a la Revelación.

También se podría ir más allá respecto a las celebraciones litúrgicas en el hogar. Así como celebramos el Mes de María, el Adviento y la Navidad, ¿no podría darse algo semejante con otras fiestas del calendario litúrgico? Estas también debieran tener eco en la vida familiar. Por ejemplo, como hijos del Santuario Cenáculo, Pentecostés podría ser una fiesta especial en nuestro hogar. ¿Celebramos ese día? Posiblemente, en el mejor de los casos, sólo nos juntamos en Bellavista para celebrarlo, pero no lo hacemos en el seno del hogar. Además de ir a Misa ¿no podríamos celebrar Pentecostés con los niños, en nuestro hogar, con otras formas originales? Podría ser con una imagen, pintando la paloma del Espíritu Santo, una llama de fuego, o con un pequeño canto al Espíritu Santo, etc. No necesita ser algo complicado, sino simple, pero vivencial.

Tenemos que crear otra cultura, una cultura que también comprende lo emotivo, lo plástico, lo gráfico y lo sensible. Si no logramos crear algo en esta línea, nuestra emotividad será finalmente captada por lo que nos entrega la televisión y tantas otras fuentes. Esto vale especialmente para el campo religioso, ya que con meras ideas y reflexiones no llegaremos muy lejos.

Pensemos ahora en la Cuaresma. ¿Cómo celebramos este tiempo litúrgico en nuestra familia? Es una ocasión apropiada para enseñar la solidaridad con la Iglesia, por ejemplo, con las alcancías que se entregan en las parroquias o con otros gestos semejantes. Es posible llegar a incorporar el espíritu de este tiempo, pero para eso hay que cultivarlo, explicar a los niños qué sentido tiene esa alcancía, con qué espíritu debemos reunir el dinero, es decir motivarlos.

¿Cómo celebramos la Pascua de Resurrección? ¿Tenemos formas propias para hacerlo, más adecuadas que la de buscar simplemente huevitos de Pascua? Esta celebración no puede reducirse solamente a esta costumbre. Tenemos que crear adecuadas formas propias, y no adoptar, sin más, costumbres que poco o nada tienen que ver con el misterio que celebra la Iglesia y que, muchas veces, sólo son motivadas por factores comerciales.

Por otra parte, ¿cómo lograr que el matrimonio rece en común? No sé cuál es la experiencia de ustedes. Lo que yo he podido captar es que a los matrimonios les cuesta rezar juntos. Parece que es más difícil de lo que se piensa. En todo caso, corresponde hacerlo. Debe ser normal que una pareja se manifieste en una oración en común, que exista una “oración de matrimonio”, que al terminar la jornada recojan el día juntos, agradezcan al Señor y pidan por sus hijos. La forma en que lo hagan, dependerá de cada pareja en particular. Tiene que ir gestándose una forma de oración en común y de oración con los hijos.

Nuestro estilo de vida

No podemos limitarnos, por lo tanto, a las celebraciones que se realizan en las reuniones, en las jornadas, o simplemente ir a misa. El trabajo de las reuniones y de los encuentros se prueba y se corona en el estilo y en las costumbres que logremos gestar tanto personalmente como en nuestro hogar. De tal manera que cuando alguien llegue de visita, respire una “atmósfera de Paraíso” y experimente cuán bueno es estar ahí, porque en ese lugar se da algo especial. Así tendría que ser nuestro hogar.

Esto es capaz de contagiar a otros, es lo que transmite una vida nueva y crea una atmósfera distinta. Es una irradiación que evangeliza. Se trata de transmitir, y llevar a otros ámbitos, costumbres diferentes en el trato con los hijos, en el diálogo matrimonial, en la forma de vestirse, en las celebraciones familiares, etc.

Abordar el tema de las costumbres nos permite, tal como hemos visto, hacer una radiografía personal y de la familia y, por otra parte, ir gestando un mundo nuevo. Esa es la misión que nos dejó el Padre en Bellavista. Que se haga palpable el “vivir orgánico”; y que nadie nos pueda decir que el 31 de mayo es algo “complicado”. Si alguien lo dice, nosotros podemos responderle: Mira cómo vivimos, mira cómo hablamos, mira cómo nos amamos, mira cómo administramos nuestro dinero, mira cómo son nuestras costumbres... ése es el 31 de mayo vivido.